

Como va entre los astros en la oscuridad de la noche la estrella

vespertina, el astro más bello que hay fijo en el firmamento,

así era **el fulgor de la afilada punta** que Aquiles blandía

con la diestra, maquinando la perdición del divino Héctor e indagando **donde su bella piel ofrecería menor resistencia.**

Todo su **cuerpo** estaba protegido por la bronceínea armadura bella que había despojado al potente Patroclo **tras matarlo;**

sólo se veía **donde las clavículas separan cuello y hombros,** el gahzate, que es por donde más pronto se pierde la vida.

Por **allí** el divino Aquiles le hundió la pica en pleno ataque.

La punta penetró derecha a través del **delicado cuello; a través del delicado cuello**

y el asta de fresno, pesada por el bronce, **no le cercenó** la tráquea, con lo que todavía pudo responderle y decir unas palabras.

Se desplomó en el **polvo,** y el divino Aquiles exclamó triunfante.

nombre

«¡Héctor! Al despojar a Patroclo sin duda creíste estar

a salvo y para nada te preocupaste de mí, porque estaba lejos.

¡Insensato! Lejos de aquel un vengador muy superior a la zaga

se había quedado junto a las huecas naves, y ese soy yo,

que te he doblado las rodillas. **De ti tirarán y te humillarán**

los **perros y las aves;** y a él los aqueos le harán las exequias.»

los perros y las aves

Desfallecido, le dijo Héctor, el de tremolante penacho:

rodillas

«¡Te lo **suplico** por tu vida, tus rodillas y tus padres!

No dejes a los perros devorarme junto a las naves de los aqueos;

en lugar de eso, acepta bronce y oro en abundancia,

regalos que te darán mi padre y mi augusta madre,

y **devuelve mi cuerpo a casa,** para que al morir del fuego

devuelve

me hagan partícipe los troyanos y las esposas de los troyanos.»

Mirándolo con torva faz, **replicó** Aquiles, de pies ligeros:

«No implores, **perro,** invocando mis rodillas y a mis padres.

¡Ojalá que a mí mismo el furor y el ánimo me indujeran

a despedazarte y a comer cruda tu carne por tus fechorías!

a comer cruda tu carne

Tan cierto es eso como que no hay quien libre tu cabeza

de los perros, **ni aunque** el rescate diez veces o veinte veces

me lo traigan y lo pesen aquí y además prometan otro tanto,

y **ni siquiera aunque** mandara pagar tu peso en oro

Príamo Dardánida. **Ni aún así** tu augusta madre depositará

en el lecho el cadáver de quien ella parió para llorarlo.

Los perros y las aves de rapina se repartirán **entero tu cuerpo.**»

Ya moribundo, le dijo Héctor, el de tremolante penacho:

moribundo

«Bien te conozco con sólo mirarte y ya contaba con no

convencerte. **De hierro es el corazón** que tienes en las entrañas.

Cuídate ahora de que no me convierta en motivo de la cólera

de los dioses contra ti el día en que Paris y Febo Apolo te

hagan perecer, a **pesar** de tu valor, en las puertas Esceas.»

Apenas hablar así, el cumplimiento de la muerte lo cubrió.

El aliento vital voló de **la boca** y marchó a la morada de Hades,

llorando **su hado** y abandonando la virilidad y la juventud.

Ya estaba muerto cuando dijo Aquiles, de la cásta de Zeus:

¡Muere!

«¡Muere! Mi parca yo la acogeré gustoso cuando Zeus

quiera traerme la y también los demás dioses inmortales.»

Canto XXII, 317-369

Dijo, y **arrancó del cadáver** la bronceínea pica,

la dejó a un lado y le quitó de los hombros las armas

ensangrentadas

ensangrentadas.